

Capítulo 7: La Prueba del Discipulado

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

Una persona puede no ser capaz de decir el momento o el lugar exacto en que entregó su corazón a Dios. Puede no ver los pasos que lo llevaron a Cristo. Pero esto no prueba que no sea un hijo de Dios. Cristo dijo a Nicodemo: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan 3:8).

No podemos ver el viento, pero podemos ver lo que hace. No podemos ver al Espíritu de Dios mientras obra en el corazón, pero su poder nos trae vida nueva. Ese poder crea una persona nueva a la imagen de Dios. Aunque no podemos ver ni oír la obra del Espíritu, podemos ver lo que Él ha hecho.

Si nuestros corazones han sido cambiados por el Espíritu de Dios, nuestras vidas mostrarán el cambio. No podemos cambiar nuestros corazones ni hacer nuestros caracteres semejantes al de Dios. No debemos confiar en nuestra propia fuerza ni creer que nuestras buenas obras nos salvarán. Pero nuestras vidas mostrarán si tenemos la gracia de Dios en nuestros corazones. Ella cambiará nuestros caracteres, nuestros hábitos y nuestra manera de vivir. Otras personas verán la diferencia entre lo que solíamos ser y lo que ahora somos.

El carácter no se muestra por una sola buena obra ni siquiera por una mala. El carácter se muestra por la manera en que hablamos y actuamos día tras día. Es verdad que podemos actuar correctamente sin el poder de Dios. Podemos hacer el bien para que otros piensen bien de nosotros. Podemos incluso evitar el mal porque queremos parecer correctos ante nuestros amigos. Hasta una persona egoísta puede dar a una buena causa o ayudar al necesitado. ¿Cómo podemos saber entonces de qué lado estamos?

¿A quién pertenecen nuestros corazones? ¿En quién estamos pensando? ¿De quién nos gusta hablar? ¿Quién tiene nuestro amor más cálido y nuestro mejor esfuerzo? Si somos de Cristo, pensamos a menudo en Él, y nuestros

pensamientos más amables son para Él. Hemos puesto a sus pies todo lo que tenemos y somos.

Queremos ser como Él y tener su Espíritu en nosotros. Deseamos seguir su camino y agradarle en todo.

Si nos convertimos en nuevas personas en Cristo Jesús, tendremos los frutos del Espíritu en nuestras vidas. Ellos son "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22, 23). Los seguidores de Cristo ya no actuarán como antes. Seguirán por fe las pisadas de Cristo. Mostrarán su carácter y serán puros, así como Él es puro.

Los que siguen a Cristo amarán las cosas que solían odiar. Odiarán las cosas que solían amar. Los orgullosos se volverán humildes. Los necios se volverán sabios. Los que solían emborracharse permanecerán sobrios. Las personas impuras se volverán puras. Los que amaban las modas orgullosas del mundo las dejarán a un lado.

Los cristianos no tratarán de llamar la atención por la ropa que usan. "Sino el hombre encubierto del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Pedro 3:4).

El verdadero arrepentimiento cambia a la persona. El pecador confesará sus pecados y devolverá lo que ha robado. Amará a Dios y a los demás. Cuando el pecador hace estas cosas, sabrá que ha pasado de muerte a vida.

Cuando venimos a Cristo y aceptamos su perdón y su gracia, el amor se desarrolla en nuestros corazones. Nuestra obra no parece difícil, y lo que Dios nos pide que hagamos se convierte en un placer. El camino que solía ser oscuro se ilumina con los rayos del Sol de Justicia.

La belleza del carácter de Cristo se verá en sus seguidores. Cristo se deleitaba en hacer lo que su Padre le pedía. El amor a Dios era el poder que guiaba la vida de nuestro Salvador. El amor hacía que todos sus actos fueran bondadosos y hermosos.

El amor viene de Dios. No puede venir de corazones pecadores. Solo se encuentra en corazones donde Jesús vive. "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19). En los corazones renovados por la gracia de Dios, el amor es el poder que guía. El amor cambia nuestros caracteres, gobierna nuestros sentimientos y controla nuestros deseos. Expulsa el odio y nos ayuda a ser fieles a quienes amamos. El amor de Dios en nuestros corazones endulza nuestras vidas y tiene una buena influencia en todos los que nos rodean.

Los hijos de Dios necesitan guardarse de dos errores de pensamiento. Las personas que acaban de comenzar a confiar en Dios necesitan especialmente estar atentas a estos. El primero, que ya se ha explicado, es el error de confiar en nuestras buenas obras para acercarnos a Dios. Si tratamos de llegar a ser santos obedeciendo la ley con nuestras propias fuerzas, descubriremos que es imposible. Todo lo que hacemos sin Cristo está estropeado por el egoísmo y el pecado. Solo la gracia de Cristo, mediante la fe, puede hacernos santos.

El segundo error es igualmente peligroso. Es la idea de que no necesitamos guardar la ley de Dios cuando creemos en Cristo. Ya que la gracia de Dios se recibe solo mediante la fe, algunas personas piensan que lo que hacen no tiene nada que ver con su redención.

La Biblia enseña que la obediencia es más que solo hacer lo correcto. Es más que hacer lo que se nos dice que hagamos. La obediencia es el servicio del amor. La ley de Dios nos muestra cómo es Él. El amor es el centro mismo de la ley. El gobierno de Dios en el cielo y en la tierra está construido sobre su ley de amor.

¿No se cumplirá la ley de Dios en nuestras vidas si somos como Él? Cuando el amor está en nuestros corazones y cuando nos volvemos como nuestro Creador, Dios cumple su promesa: "Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón" (Hebreos 10:16).

Si la ley está escrita en el corazón, ¿no moldeará la vida? La obediencia es una señal verdadera del amor. También es la señal de que somos seguidores de Dios. La Biblia dice: "Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos". "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y

la verdad no está en él" (1 Juan 5:3; 2:4). La fe no nos excusa de obedecer la ley. Mediante la fe, y solo mediante la fe, participamos de la gracia de Cristo. Y la gracia hace posible que obedezcamos su ley.

No ganamos la salvación obedeciendo la ley de Dios. La salvación es el regalo gratuito de Dios, y la recibimos por fe. Pero la obediencia es el fruto de la fe. "Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido" (1 Juan 3:5, 6). Esta es la verdadera prueba.

Cuando vivimos en Cristo y su amor vive en nosotros, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos estarán de acuerdo con lo que su santa ley nos muestra que Dios quiere que hagamos. "Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo" (versículo 7).

La santa ley de Dios de los diez mandamientos dada a Israel en el Sinaí nos dice qué es la justicia.

Una fe en Cristo que enseña que no necesitamos obedecer a Dios no es fe verdadera. Está enseñando algo que no es verdad. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe" (Efesios 2:8). "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Santiago 2:17, KJV). Jesús dijo de sí mismo antes de venir a la tierra: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Salmo 40:8).

Antes de que Jesús regresara al cielo después de estar en la tierra, dijo: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Juan 15:10). La Biblia dice: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos". "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:3, 6). "Porque para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pedro 2:21).

El plan por el cual Dios nos da vida eterna ha sido siempre el mismo. Sigue siendo el mismo que en el Huerto del Edén antes de que Adán y Eva pecaran.

Dios da vida eterna a aquellos que obedecen Su ley perfectamente, a aquellos que tienen justicia perfecta.

La vida eterna no puede ser dada por ningún otro plan, porque entonces la felicidad de toda la creación estaría en peligro. El pecado continuaría para siempre. El sufrimiento y la infelicidad nunca terminarían.

Fue posible para Adán, antes de pecar, formar un carácter justo obedeciendo la ley de Dios. Pero Adán no lo hizo. Debido a su pecado, todos somos pecadores, y no podemos hacernos justos a nosotros mismos. Porque somos pecaminosos e impuros, no podemos obedecer perfectamente la ley de Dios. No tenemos justicia propia para hacer lo que la ley de Dios requiere.

Pero Cristo ha hecho un camino de escape para nosotros. Él vivió en la tierra, enfrentando el mismo tipo de pruebas y tentaciones que nosotros tenemos que enfrentar. Vivió una vida sin pecado. Murió por nosotros, y ahora ofrece tomar nuestros pecados y darnos Su justicia.

Podemos entregarnos a Él y aceptarlo como nuestro Salvador. Entonces, no importa cuán pecaminosas hayan sido nuestras vidas, somos contados como justos por causa de Él. El carácter de Cristo ocupará el lugar de nuestros caracteres. Somos aceptados por Dios como si no hubiéramos pecado.

Más que esto, Cristo cambia nuestros corazones. Él vive en nuestros corazones por fe. Debemos mantenerlo en nuestros corazones por fe y permitirle guiar todas nuestras decisiones. Mientras hagamos esto, Él obrará en nosotros y haremos lo que Le agrada. Podemos entonces decir: «Esta vida que ahora vivo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2:20).

Jesús dijo a Sus discípulos: «Las palabras que hablaréis no serán vuestras; vendrán del Espíritu de vuestro Padre que habla por medio de vosotros» (Mateo 10:20). Entonces, con Cristo obrando en nosotros, actuaremos como Él actuaría y haremos Sus buenas obras. Nuestras vidas mostrarán obediencia, las obras de la justicia.

Como ven, no tenemos nada de qué estar orgullosos ni razón para alabarnos a nosotros mismos. Nuestra única esperanza está en la justicia de Cristo, que Dios cuenta como nuestra, y en esa justicia que Su Espíritu obra en nosotros y por medio de nosotros.

Debemos entender el verdadero significado de la fe. Cuando creemos lo que ya sabemos que es verdad, no estamos mostrando fe. Sabemos que Dios vive. Creemos en Su poder. Sabemos que Su Palabra es verdadera. Hasta Satanás y sus ángeles saben y creen estas cosas. La Biblia dice que «los demonios también creen, y tiemblan» (Santiago 2:19, KJV). Pero esto no es fe.

Tenemos fe cuando no solo creemos la Palabra de Dios, sino que Le pedimos que guíe todas nuestras decisiones. Mostramos nuestra fe cuando Le entregamos nuestros corazones y Lo amamos. Esta clase de fe obra por amor y nos hace puros. Nos transforma hasta que llegamos a ser como Él.

Si nuestros corazones no han sido renovados por Dios, luchamos contra la ley de Dios y no la obedecemos. Pero nuestros nuevos corazones se deleitan en la santa ley. Podemos decir con David: «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día pienso en ella» (Salmo 119:97). Y la justicia de la ley se obra en las vidas de las personas que «viven en unión con Cristo» (Romanos 8:1).

Algunas personas saben que Dios ha perdonado sus pecados, y realmente quieren ser Sus hijos. Pero saben que sus caracteres no son perfectos y que sus vidas tienen muchos defectos. Debido a esto, dudan que el Espíritu Santo haya renovado sus corazones.

A tales personas les diría: «No os desaniméis ni perdáis la esperanza. A menudo tendremos que inclinarnos y llorar a los pies de Jesús porque cometemos errores y no somos perfectos. Sin embargo, no debemos rendirnos. Dios no se aparta de nosotros incluso si somos vencidos por el enemigo. Él no nos deja solos».

Cristo está a la diestra de Dios. Él está pidiendo a Su Padre que nos perdone. Juan, el discípulo muy amado, escribió: «Os escribo esto, hijos míos, para que no

pequéis; pero si alguno peca, tenemos a alguien que intercede ante el Padre en nuestro favor: Jesucristo, el justo» (1 Juan 2:1).

No debemos olvidar estas palabras de Cristo: «El Padre mismo os ama» (Juan 16:27). Él desea traernos de vuelta a Sí mismo. Quiere ver Su propia pureza y santidad reflejadas en nosotros. Si nos entregamos a Él hasta que Jesús venga, Él continuará la buena obra que ha comenzado en nosotros.

Debemos orar con gran deseo. Debemos creer más plenamente. Al comenzar a perder la fe en nuestro propio poder, confiemos en el poder de nuestro Redentor. Alabemos a Aquel que es la luz de nuestras vidas.

Cuanto más nos acercamos a Jesús, más defectos veremos en nuestras propias vidas. Veremos nuestros defectos más claramente al comparar nuestro ser pecaminoso con el Salvador perfecto. Esto mostrará que las falsas ideas de Satanás están perdiendo su poder sobre nosotros y que el Espíritu vivificante de Dios nos está guiando.

El amor profundo por Jesús no puede vivir en nuestros corazones si no sabemos que somos pecadores. Si somos transformados por la gracia de Cristo, admiraremos el santo carácter del Salvador. Si no vemos que somos pecadores, esto muestra que nunca hemos visto la belleza y la perfección de Cristo.

Cuanto menos encontremos que admirar en nosotros mismos, más veremos que admirar en la pureza y belleza infinitas de Cristo. Cuando vemos cuán pecadores somos, nos volvemos a Aquel que puede perdonar. Cuando vemos que no tenemos poder, nos aferramos a Cristo. Entonces Cristo viene con poder para ayudarnos.

Nuestro sentido de necesidad nos impulsa hacia el Salvador y hacia la Palabra de Dios. Cuanto más veamos de Su hermoso carácter, más llegaremos a ser como Él.